

RESUMEN CRONOLOGICO.

ELEVACION AL IMPERIO. — CAMPO DE BOLONIA.

1804.

- 13 de abril. Preparativos hechos en Bolonia para un ataque contra la Inglaterra.
28. — Asesinato de los blancos en Santo Domingo despues de la evacuacion de la isla por las tropas francesas; el general Leclerc, cuñado del primer cónsul y comandante del ejército expedicionario, fué muerto y reemplazado por el general Rochambeau.
30. — Moción hecha en el tribunalado para conferir la dignidad imperial al primer cónsul.
- 4 de mayo. Adóptase esta propuesta.
18. — Senado-consulto orgánico que declara á Napoleon emperador de los franceses, y le concede la dignidad imperial hereditaria. Establecimiento de los colegios electorales y de una alta corte imperial.
19. — Creacion de los mariscales del imperio.
20. Proclama de Napoleon I, emperador de los franceses.
- 10 de junio. Causa de Cadoudal y sus cómplices. Cadoudal protesta que él habia querido no asesinar, pero sí combatir al primer cónsul.
- Causa y condena de Moreau.
16. — Perdon concedido por Napoleon á ocho de los acusados de Cadoudal, á MM. de Riviere, de Pognac, Bouvier de Lozier, Chareles de Lozier, Rochelle, Gailliard, Rusillion y Lajolais.
25. — Decreto imperial que disuelve dos congregaciones de jesuitas que se habian introducido en Francia,
- bajo el nombre de *padres de la fe y de paccanaristas*.
- 14 de julio. Inauguracion de la legion de honor.
16. — Nueva organizacion de la escuela politécnica. — Creacion de cátedras de gramática, bellas letras y topografía.
18. — El Emperador deja Paris para ir á visitar sucesivamente los campos de Ambleuse, Calais, Dunquerque, Ostende y Bolonia.
19. — Llega á Bolonia.
- 1-2 de agosto. Bombardeo de Havre por los ingleses, este bombardeo causa pocos daños.
11. — El Emperador de Alemania Francisco II añade á sus títulos el de emperador hereditario de Austria.
15. — El Emperador reparte cruces de la legion de honor al ejército reunido en Bolonia.
26. — Combate naval en presencia del Emperador.
31. — El encargado de negocios de Rusia sale de Paris.
- 2 de setiembre. El embajador de Suecia deja Paris.
- 1-2 de octubre. El almirante Keith hace una tentativa infructuosa para incendiar y destruir la escuadrilla de Bolonia.
12. — Regreso del Emperador á Paris.
- 25 de noviembre. Llegada de Pio VII á Fontainebleau para consagrar al Emperador.
- 1 de diciembre. El senado presenta al Emperador el plebiscito que reconoce hereditaria la dignidad imperial en la familia de Bonaparte.



Coronacion y consagracion de Napoleon.

NAPOLEON EMPERADOR Y REY.

Al restablecer en Francia el orden en lugar de la anarquía, Napoleon, que consideraba el sentimiento religioso como primera garantía moral de las sociedades, devolvió á la iglesia católica su brillo é independencia, y Pio VII, cuando consintió en venir á consagrarlo á Paris, cedia al impulso de un justo reconocimiento. Este venerable pontífice, animado por una caridad del todo cristiana, lleno de una filosofía clara, era, segun dijo el Emperador, *un bueno y gallardo hombre*, y ya cuando era obispo de Imola, habia cobrado afecto al general Bonaparte.

El Emperador fué á recibirle hasta el camino de Fontainebleau, y le alojó en su palacio de las Tullerías, donde hiciera preparar un magnífico aposento. Durante algunos dias que precedieron á la coronacion, el Papa recibió los homenajes de todas las autoridades de la capital y de los hombres mas distinguidos del pais, y se concilió realmente la estimacion general: todo Paris hacia justicia á sus virtudes cristianas, se acogian favorablemente sus mas sencillas palabras, y cada uno repetia con entusiasmo la siguiente contestacion noble y pene-

trante que basta para dar una alta idea del carácter personal de este digno pontífice. Atravesaba este una sala del palacio, distribuyendo sus bendiciones á los sugetos que la religion ó curiosidad habian atraído á su paso; la multitud estaba derodillas; un jóven solamente permanecia de pié, y afectaba, volviéndose de espaldas, despreciar la bendicion del Papa; Pio VII se adelantó, y alargando su brazo hácia él, le dijo con dulce bondad: «Recibidla, señor; la bendicion de un anciano «nunca daña!»

Tal vez viniendo á Paris como un nuevo Estevan III á consagrar un nuevo Pepino, el papa habia igualmente conservado alguna esperanza de obtener de Napoleon diferentes resarcimientos en cambio de un favor tan señalado, puesto que la corte de Roma no abandonó jamas sus antiguas pretensiones, y las victorias de los ejércitos republicanos habian abierto mas de una brecha en el patrimonio de San Pedro; el mismo Emperador nos ha dejado sobre estas esperanzas que fueron fallidas, en un escrito lleno de alegre malicia, que nuestros lectores verán con placer:

«Algun tiempo antes de mi coronacion, dijo, el Papa quiso verme; tuvo que venir él mismo á mi casa; me hizo muchas concesiones, pues vino á Paris para coronarme, consintió en no ponerme él mismo la corona sobre mi cabeza, me dispensaba de comulgar en público antes de la ceremonia; tenia pues, segun su parecer, muchas recompensas que esperar en cambio, por lo que habia soñado desde un principio en la romanía, las legaciones, etc.: empero despues de una ó dos tentativas mal acogidas empezó á sospechar que seria preciso renunciar á todo esto; rebatióse pues entonces sobre una bien pequeña gracia, solamente á ver firmar un título antiguo, trapillo muy usado que sus predecesores tenian de Luis XIV. «Hacedme este favor, decia él, pues en suma nada significa. «—De muy buena gana, querido padre, y lo haré si puedo» le contesté yo. Aquel mutilado trapillo no era mas que una declaracion que Luis XIV, en sus últimos dias, vencido por los ruegos de la señora de Maintenon ó ganado por sus confesores, desaprobaba los artículos de 1682, bases de las famosas libertades de la iglesia galicana. Leí el acta, y dije maligna-

mente á Pio VII que no tenia yo, en cuanto á él, ninguna objecion personal que hacerle, pero que siempre era bueno, para la regla, hablar de ello á los obispos y al consejo de estado; á lo que contestó el Papa que esto no era de ninguna manera necesario y que no era menester tanto ruido. «Yo no enseñaré jamas esta firma, decia él, aun menos que se ha enseñado la de Luis XIV.—Pero si esto nada significa, replicué yo, ¿para qué hacermelo firmar? y si puede significar algo, es regular que consulte á mis doctores.» El argumento no tenia réplica, y el pobre Papa avergonzado y confundido... no insistió.»

Todo estaba preparado en Paris con grandeza y lujo para la doble ceremonia de consagracion y coronacion, y el Emperador regaló á la catedral, despojada por las rapiñas revolucionarias, todos los objetos necesarios para el servicio divino, como vasos sagrados de precioso metal, adornados de diamantes, y magníficos ornamentos sacerdotales. (Estos ricos objetos forman aun el tesoro del cabildo de Nuestra Señora.)

Ademas de una multitud de curiosos y estrangeros atraídos por la solemnidad que se preparaba, se habian reunido en la capital las diputaciones de todas las autoridades administrativas y judiciales, de todos los guardias nacionales del Imperio, todos los cuerpos municipales, los presidentes de las provincias y cantones de los departamentos, y los corregidores de las principales ciudades.

La ceremonia de la consagracion se verificó el 2 de diciembre, y las fiestas que se dieron en esta ocasion sobrepusieron á todo lo que la imaginacion se habia podido figurar.

El Papa, el Emperador y la Emperatriz, acompañados de una corte imponente, se dirigieron á través de un concurso inmenso de espectadores á la iglesia metropolitana de Nuestra Señora. Pio VII ofició pontificalmente con toda la pompa de la iglesia romana; Napoleon y Josefina fueron ungidos con los santos óleos en la frente y en las dos manos, haciendo esta triple oracion que recitó el Santo Padre: «Dios todo poderoso y eterno... derramad con vuestras manos el tesoro de «gracias y bendiciones sobre vuestro servidor Napoleon, á «quien apesar de nuestra indignidad personal, consagramos

« hoy Emperador en nuestro nombre. » Esperando que se acabasen los otros rezos de consagración, el Emperador y la Emperatriz se sentaron y permanecieron en su trono; se levantaron despues y adelantáronse segunda vez hácia el altar para la ceremonia de la coronación, y cuando el Papa hubo bendecido las dos coronas, Napoleón, cogiendo bruscamente la que le estaba destinada, se la colocó por sí mismo sobre la cabeza, como para dar á entender que solo la debía á Dios y á su espada (Carlomagno menos atrevido habia recibido la suya de manos del Papa; pero Napoleón queria evitar todo lo que hubiera podido asemejarse á una sujeción espiritual á la corte de Roma); tomó en seguida la otra, y la colocó en la frente de la Emperatriz que habia permanecido de rodillas junto al altar.

Quando el oficio divino estuvo acabado, el Emperador, sentado, la corona en la cabeza, y la mano sobre los santos evangelios, pronunció de nuevo delante de los tres presidentes del senado, del cuerpo legislativo y del tribunado, el juramento que habia ya prestado al recibir el acta constitucional del Imperio.

El rey de armas gritó luego con voz fuerte y alta: « El muy glorioso y muy augusto emperador Napoleón, emperador de los franceses, está coronado y entronizado: *Viva el Emperador!* En el mismo instante unánimes gritos de *Viva el Emperador!* *Viva la Emperatriz!* hicieron resonar las bóvedas de la basílica: los dos esposos salieron de la iglesia entre el ruido de las mismas aclamaciones y regresaron á las Tullerías seguidos de la corte brillante que les habia acompañado á Nuestra Señora. Por tres dias se hicieron en París fiestas nacionales y regocijos particulares, y la espresion de la alegría pública se manifestó de un modo unánime.

El día 5 de diciembre, la tercera de las fiestas de la coronación, fué consagrado á la distribución de las nuevas insignias que debian conducir nuestros guerreros á la victoria. Esta ceremonia se verificó en el Campo de Marte, vasto círculo cuya memoria está unida á todas las épocas memorables de la Revolución francesa. El trono imperial, colocado en una tri-

buna tan alto como los aposentos del palacio de la escuela militar, estaba rodeado á derecha é izquierda de sillas destinadas á los miembros de los tres cuerpos del estado, y á los personajes mas distinguidos del Imperio; el Interior del campo de Marte contenia las diputaciones de los cuerpos del ejército, marina y guardia nacional, y la multitud de los espectadores coronaba los terraplenes que rodean este llano inmenso. A una señal dada, todas las columnas del ejército se pusieron en movimiento y se acercaron al trono á cuyo pié habia los nuevos estandartes y las banderas que remataban en una águila llevados por los oficiales ó presidentes de los colegios electorales de los departamentos. El Emperador se levantó, y un silencio respetuoso esperaba sus palabras: « Soldados, dijo con voz fuerte y que hizo conmover todos los ánimos, ved ahí vuestras banderas, estas águilas que os servirán siempre de punto de reunión; ellas estarán por doquier que vuestro Emperador las juzgará necesarias para la defensa de su trono y de su pueblo; jurais sacrificar vuestras vidas para defenderlas y mantenerlas constantemente con vuestro valor sobre el camino de la victoria; lo jurais? » — « Lo juramos, » repitieron con unánime grito los presidentes de los colegios y oficiales del ejército ajitando las águilas que iban á entregar en manos de los valientes; las diputaciones de cada regimiento se adelantaron entonces y recibieron en medio de las mas vivas aclamaciones estas banderas gloriosas que solo debian volver á su patria ennegrecidas por la pólvora, y destrozadas por la metralla, despues de haberse plantado sobre todas las capitales de Europa. Esta grande solemnidad, toda militar, no tuvo menos brillo que la ceremonia civil, religiosa y, mas que todo, social de la coronación.

Pocos dias despues, el Emperador presidió la apertura del cuerpo legislativo, y, en un discurso que fué acogido con una viva esperanza, manifestó los sentimientos de que estaba animado:

« Príncipes, magistrados, soldados, ciudadanos, en toda nuestra carrera solo tenemos un objeto: el interés de la patria.

« Si este trono, al cual la providencia y la voluntad de la nacion me han hecho ascender, es grato á mis ojos, es porqué solo él puede defender y conservar los intereses mas sagrados del pueblo francés.

« Sin un gobierno fuerte y paternal, la Francia tendria que temer el regreso de los males que ha padecido.

« La debilidad del poder supremo es la mas cruel desgracia del pueblo.

« Soldado y primer cónsul, solo he tenido un pensamiento; Emperador tengo aun el mismo: la prosperidad de la Francia.

« Yo he sido bastante feliz para ilustrarla con victorias, consolidarla con tratados, arrancarla á las discordias civiles y preparar el renacimiento de las costumbres de la sociedad y de la religion; y si la muerte no me sorprende en medio de mis trabajos, espero dejar á la posteridad una memoria que servirá para siempre de ejemplo ó de juez á mis sucesores.

« Grato me hubiera sido en una época tan solemne ver reinar la paz en el mundo, pero los principios políticos de nuestros enemigos, su conducta reciente hácia la España me hacen conocer bastante sus dificultades...

« Al concederme la corona, mi pueblo se ha obligado á hacer todos los esfuerzos que requieran las circunstancias para conservar este brillo que es necesario á su prosperidad y su gloria como á la mia. Confio enteramente en la energia de la nacion y en sus sentimientos para conmigo; y sus mas queridos intereses son el objeto constante de mis cuidados. »

Con la conciencia de su genio militar y la confianza que le inspiraba su valiente ejército, el Emperador no podia temer los lances de una guerra; con todo, fiel á las promesas que acababa de hacer á los representantes de la nacion, y en el momento en que contaba con ciento noventa mil hombres prontos á embarcarse sobre sesenta y nueve navios de línea; cuando mas de dos mil buques de transporte únicamente esperaban una señal y seis horas de calma para vogar hácia el Támesis, ofreció la paz obstinada enemiga de la Francia, y escribió con su propia mano el 2 de enero de 1805, por segunda vez, al rey de Inglaterra: « Llamado al trono de Fran-

« cia por la providencia y voto del senado, del pueblo francés y del ejército, mi primer sentimiento es el deseo de la paz. « La Francia y la Inglaterra están en prosperidad, pueden luchar siglos enteros; pero sus gobiernos llenarán bien el mas sagrado de sus deberes? y tanta sangre derramada inútilmente sin la perspectiva de ningun objeto, no les acusaria en su propia conciencia? Yo no tengo á deshonra dar el primer paso, puesto que, segun pienso, he probado bastante al mundo que no temo ningun de los lances de la guerra... « La paz es el deseo de mi corazon, pero la guerra jamas ha sido contraria á mi gloria: ruego á vuestra magestad que no reuse la dicha de dar la paz al mundo.... Una alianza solo haria acrecentar la preponderancia y grandeza continental de la Francia.... Que triste perspectiva ver pelear á los pueblos solo para que peleen! El mundo es bastante grande para que nuestras dos naciones puedan vivir, y la razon tiene demasiado poderío para encontrar los medios de conciliarse cuando se quiere por una y otra parte.... » Este paso generoso quedó sin resultado; el gabinete británico conocia bien que la paz solo podria solidar el trono imperial y asegurar la prosperidad de la Francia.

El Emperador, sin dejarse adormecer por algunas manifestaciones equívocas de sentimientos pacíficos hechas á propósito por el ministerio inglés, continuó sus preparativos para llevar la guerra á la misma Londres.

Habíase hábilmente aprovechado de la irritacion del gobierno español contra el gabinete inglés, y habia obtenido de su aliado treinta bajeles y cinco mil hombres de desembarco.

En aquel mismo tiempo, el cuerpo legislativo, para eternizar la creacion del Código Civil, la memoria de su fundador y el reconocimiento del pueblo francés hácia el gefe de estado, votó la creacion de una estatua á Napoleon en la sala de sus sesiones. Esta estatua, el mas hermoso de los trofeos que el Emperador pudo recoger, pues que venia de la nacion, fué inaugurada el 14 enero en una fiesta solemne. Ya tres meses antes, el ejército reunido en Bolonia habia querido igualmente levantar á su general una estatua colosal de bronce que debia colocarse en medio del campo de César; todos los ofi-